



POR SANTIAGO J. NAVARRO

1 > NOVELA

Sin previo aviso

SIN previo aviso. O algo así: a la estrella de *Tres ataúdes blancos*, la vida nos lo trae más veces estrellado, como bien podía esperarse de un ciudadano más de la República de Miranda, reino sin rey pero, mira tú por dónde, gobernado por el “chiquitico” que crece y crece con el esfuerzo ajeno. Al tirano, claro, hay que tirarlo y un asombroso parecido físico del estrellado con la verdadera estrella parece ser la única salida. La obra ganadora del Premio Herralde 2010 nos empuja tras las huellas del desafortunado “héroe-narrador”, protagonista que, a través de los mecanismos de la novela dentro de la novela en algunos tramos realmente divertidos, nos desvela, gracias a sus desvelos, el otro mecanismo, toda una infraestructura de poder: el de las repúblicas bananeras que durante tantos años han acabado con las ilusiones (y las vidas) de tantos y tantos ajusticiados y *desaparecidos* que aquí, pese al decidido tono satírico del relato, se nos aparecen, capítulo tras capítulo, en toda su crueldad.

Tres ataúdes blancos, a través de una farsa de narices, deja ver con claridad las (viejas) fórmulas de vejación de un pueblo entero, en este caso Miranda, nombre, a la postre, sin interés, a no ser que nos

intereseamos por los verdaderos nombres de aquellas tierras explotadas tantas veces como pudieron. “Sin previo aviso papá dejó de ser el Cristo de la Piedad de Miguel Ángel”, reza el capítulo inicial. Y, sin previo aviso (o algo así), arranca la fatídica travesía de hijo vago por arrabales, algo más que camino (lento) hacia el horror que, con el paso del tiempo, comprendemos mejor; pues, aunque el triste héroe se hubiera evitado el paseo, nada hubiera impedido al maldito destino hacerse con el pobre golfo que, al poco del paseo, se habría de ver envuelto en aventura terrible con plus de peligrosidad.

No es de extrañar, pese a todo, que, después del capítulo inicial, la última novela del autor de *Las orejas del lobo* abandone, hasta cierto punto, la ironía que viste la presentación de los protagonistas pero se trata tan sólo de un descanso para quien, una vez iniciada su lectura, no podrá deshacer tamaño entuerto. Tampoco se quitará de encima, así como así, la sensación de estar asistiendo a una especie de documental libre sobre la barbarie elegida. No, la novela no se oye pero puede leerse entre líneas lo que no se disfruta directamente, gracias al interés de Ungar en mostrar, sin disimulo, el vacío moral que a



TRES ATAÚDES BLANCOS

Autor: Antonio Ungar.
Editorial: Anagrama,
2010. Páginas: 284.

todo esto da origen.

El resto hacer ver al aficionado a la farsa que la novela no se debe a las directrices del realismo mágico que tanto aportó a la novela moderna cuando se adentró en los tupidos bosques de la denuncia política o social. Más bien, puede decirse que Antonio Ungar prefiere entrar a saco en el día a día de las sociedades latinoamericanas contemporáneas menos agraciadas. La lúcida reflexión de las responsabilidades de tantos mequetrefes (que, en el fondo, es la novela) se conduce mejor por los atajos que le brinda la suerte, si es que puede así considerarse a los mejores momentos del neolider y sus colaboradores, personajes ruidosos y bienintencionados que, en esta composición polifónica (sí, el protagonista quiere ser músico y ensaya cuando le dejan), son más útiles al lector que muchos de los personajes de grandes y regulares piezas literarias que ya fueron solemnemente canonizadas.

No es fácil acomodar los elementos a la trama ni hacer lo que el de Bogotá propone aquí: brindarnos en bandeja la ridícula condición humana para que nosotros escarbemos en la mugre que produce esa irresponsable forma de vida que caracteriza a los ineptos subidos de tono.